

FUMAR CON FREUD

Javier de Juan Blázquez

A modo de exordio, les ruego a ustedes un don de oblatividad, frente a ésta mi ponencia dádiva de acogida benevolente; dado que he de reconocer, que deslicé estas tintas en el blanco del papel al tiempo que estaba fumando, y aún más, que la gravidez de ideas que se acuñó en mí, me fecundaron mientras nadaba. Así pues, doy fe con ello de un testimoniado uso de autocalmantes, albaceas, pues, de un germen de economía traumática, esto es, de excitación no plenamente cualificada pulsionalmente, no pulsionalizada, economía que óptimamente, debería explayarse en fantasmas afectados nutriendo mis representaciones mentales, así soportadas por pictogramas y satisfacciones alucinatorias de deseo, que estabilicen un objeto interno continente, paraexcitante, que obvie toda suerte de apoyatura sensorial o descarga motriz; así pues, claro está, no soy perfecto en mi funcionamiento mental como, quizás, el imaginario social de hoy día requiriera, o al menos, el ideal del yo psicoanalítico.

Acogida benevolente, que me remite a piedad, la de Winnicott, que ante la demanda de los reformatorios ingleses sobre la pertinencia de dejar fumar o no a sus moradores, adujo que no se les podía privar de tal medio de integración. Winnicott, piadosamente, quería evitarles las agonías primitivas, o sus actuares evacuativos; Integración que nos evoca la desintegración del self kohutiana, cocida de la arcilla de la inenpatía, convocándonos un filtro-en-los-labios, como unificador por la traza sensorial, que provee concerniente al meltzeriano pezón-en-la-boca, marca sensorial que sostiene la satisfacción alucinatoria; Así, los autoerotismos de vida (secundarios), y su ulterior cristalización en un objeto interno de sentido común, continente, que ofrece holding al ser. El envés de la estructura encuadrante de Green, por alucinación negativa del objeto, pantalla blanca que permite su inscripción en la ausencia. Integración pues, que al modo de hecho seleccionado, favorece la atención frente a la dispersión propia de lo esquizoparanoide.

En nuestro trayecto, vamos dejando trazo sensorial, auto calmante, etc. arribando al genio de Freud, y su adicción a la nicotina, que él siempre arrogó a la masturbación, como más primitiva y potente de las adicciones, cuyas formas precursoras, añadimos, residirían en la succión del pulgar del infante. Adicción de Freud, que nos resistimos a mentar como tabaquismo; Dado que hoy día, asistimos en las manifestaciones del supuesto básico-mentalidad grupal, a una suerte de simetrización, que según Ignacio Matte-Blanco, sería propia de los niveles más primitivos del proceso primario. ¿El Aleph? De condensación-desplazamiento, donde se fusionan todos los contrarios, así la nada y el todo, en una infinita serie de clases, que epitomizamos, por la imagen de cualquier mujer que va a ser simetrizada, a las representaciones de cosa de la madre y del pecho; lógicamente, y según Aristóteles, el proceso secundario lo es de asimetría, discrimina, recorta los pensamientos y diferencia. Discriminación mal entendida, que hoy acarreado mala prensa, tendería a simetrizar, por ejemplo, la heroína con el tabaco; En esa lógica, es lo mismo ser homosexual que

heterosexual. Empero, nosotros discriminamos, sobre todo, al considerar que el tabaco puede ayudar a pensar, al hacerse cargo calmante de una excitación efractante y difícil de fantasmear, transformándola. Así pues, pensamos en la posibilidad de auto calmante benignos, como la deambulación que con su descarga motriz concomitante, que evacuando los elementos beta, permite que el pensamiento siga su curso, pese a su potencial vaciado a través de la descarga.

Evitamos, pues, la tentación de nomenciar tabaquismo, así como toda esa trulla de vocablos de subjetivantes, esto es, perteneciente al estereotipo y al pensamiento operatorio, que hacen a la vigente y anglosajona creación nominalista de vocablos nosológicos que, por ejemplo, apuntan stress donde otrora se hablaba de surmenage. ¿Cuestión de modas?; Jet-lag donde la tradición, historizante, hablaría de despersonalización a mínima, así, mobbing, bullying etc., para no hablar de la violencia doméstica y de género de hogaño, donde antaño, lucía como crimen pasional y que vemos como patología de la pulsión de emprise (apoderamiento) y de toda suerte de lazos sadomasoquistas, género, en su día, propuesto por Stoller que tan finas contribuciones nos legó, recogido en el contexto de dessexualización de hoy, más claramente, de pseudosexualización. Así, Colette Chilland y otros, apuestan por la identidad sexuada, no descafeinada por la era de lo Light.

Serie de vocablos, pues, que expresan un malestar incierto, informe, dando reconocimiento a un terror sin nombre, descalificando los matices; Descalificación que si alcanza a lo pulsional, hace a la economía traumática afín al fumar y al pensar. ¿No es el pensamiento producto de una catástrofe? En Bion y Eigueu, de una potencialidad traumática en Jacques Press, que al modo de Freud y la monstruosidad de su obra, ahora lidiamos teorizando, auto teorizando.

Retornemos a Freud, al padre, al modo arriano-laciano y su ingente trabajo de teorización, escanciado por su adicción tabáquica, preelaborando el germen de una sobreexcitación traumática y, quizás, yo prematurado, en su caso, conjeturalmente, por la sobre investidura de una joven fémina a su primogénito varón y, por lo demás favorito y elegido. Si seguimos a Fliess y a Max Shur, su segundo médico, sustituto de Deutsch, avizoramos los primeros tiempos neurótico-actuales de Freud, que él (auto) teorizó, dándonos a ver que hay una obscura endopercepción de los diferentes grados, según su ligazón, de la tensión pulsional en el ello, que diferenciamos del inconsciente animista y dinámico. Allá encontramos los sufrimientos del joven Freud, en torno a la planta del nuevo mundo; cigarro puro que le depara inusitados placeres y gran concentración, en su aporte de excitación calmante, al tiempo que si se lo retira, le hace experimentar una pérdida de sentido vital, Freud neurasténico, carente de la excitación calmante. Si la adicción primigenia es la masturbación, que compulsiva, puede devenir auto calmante también. Anzieu en su trabajo sobre el autoanálisis de Freud, interpreta a aquel, un poco automáticamente, haciendo causa común con Rosenfeld, que para el alcoholismo, invocó una defensa frente a ansiedades esquizoparanoides y depresivas; preferimos con Freud, angustia automática aniquilante del yo y angustia señal, ya con Marty, difusas u objetales; angustia, señal, repitiendo el yo, un esqueje del

traumatismo, para que éste no le halle impreparado, sujeto al espanto, al susto; En definitiva, angustias narcisistas y angustias edípicas.

Adicción nicotínica que perseveramos, tampoco escindimos en dependencia física y psíquica; Dado que firmemente, suscribimos un monismo somatopsíquico o psicotosomático que decía Bion, y cuya encrucijada, les es tan cara a los psicopatólogos: psicosis o somatosis. Adicción auto calmante, que en la sociedad postmoderna de hoy, permeada por su imaginario y sus efectores, la policía sanitaria que sostiene una imagen de inmortalidad, figura del yo ideal, injunción de longevidad.

Tenemos, pues, desde la muerte del Dios, en Nietzsche y la caída de las ideologías fraternas, una religión de lo “políticamente correcto” que higienista, vislumbra el fumar como algo ligado a la masturbación y a la analidad, como ya veremos. Cuerpo social de hoy, que actúa como la madre que extrayendo el pulgar de la boca del hijo, le intrusa con el chupete, ya volveremos. Ideal de inmortalidad renegante, que pone coto a lo que enturbia su perspectiva. Pese a todo, reiteramos, el tabaco permite pensar, a veces, opuestamente a esos móviles antisolitud, autopistas informáticas, DVD, video juegos y televisión; Procedimientos, que al ofrendar el poder atractor de la percepción, injurian todo trabajo de representación posible. Sobretudo si consideramos la creación de neolenguajes orwellianos (SMS, Internet) que cercenan la riqueza y la sustancia del lenguaje, llegando al extremo de que la intertextualidad se juega entre medios visuales, desdeñando los libros; La lectura de los clásicos se sustituyó por el best seller, evasión, evacuación de la verdad acerca de sí y del mundo, un pasar el tiempo sin transformación personal, desconectarse.

En otro sentido, volvemos, fantasías de polución y contaminación y nefasto destino deparado al fumador pasivo; bípolo activo-pasivo, que nos da a oler un fantasma de copulación anal, en los tiempos del reinado del desodorante y los ambientadores. Claro es, que donde renquea el continente-reverie, uno se refugia en el Claustro anal. Así se dice “no puedes aguantarte” apelando a la retención esfinteriana, que si su determinación declina, se vive como vergonzante pérdida de control y de higiene en las costumbres. ¿Hueles a humo? Pérdida de control, que en un vértice opuesto, podríamos ver el fumar como haciendo los oficios de evitar la regresión, un anti-regrediente a la imagen amnésica, que se auto procura la seducción y suputa los cigarrillos que corresponden por día. Búsqueda de continuidad en el sentimiento de existir.

Por ahí, uno se pregunta, si en el inconsciente del fumador hay un fantasma, o una acción por identificación proyectiva de intoxicar, de envenenar al otro, quizás levantar una cortina de humo en lo que atañe al vínculo emocional profundo. Eígen, ese gran místico judío del psicoanálisis, nos habló del lado hiriente de todo lazo, “damaged bonds, y de nutriciones tóxicas, “toxic nourishment”. Lo que es obvio, es que un infante envuelto en un entorno tóxico, por exceso o por carencia, activador de excitaciones no desintoxicadas, se autointoxicará, acaso para hallar (se) las huellas amnémicas del objeto primario; Intoxicarse en activa, dosificándose. Toxicidad del exceso de excitaciones, quizás del instinto de muerte, desligado como pulsión de

destrucción, otras veces por el marcaje traumático de un agujero en el inconsciente, que constituye un vacío aspirante de energías. Aquí puede jugar ya sea la no respuesta del objeto al movimiento pulsional, o el flujo contrariado de identificaciones proyectivas. La libido en Freud conlleva un lado tóxico, también su éxtasis que aparece como frecuencias en el soma, transpuestas a números, hacer cuentas (Maldavsky); ¿Qué es lo tóxico? El instinto de muerte y su pulsión de destrucción desligada, generadora de dolor, o llanamente la cantidad de excitación no cualificada, matizada y objetalizada pulsionalmente. Así pues, experiencia pulsional al otro que desintoxica o no, transacción entre dos quinismos, algo muy eufemizado como experiencia emocional.

Retornando, la clínica transferencial de los obsesivos, nos aparenta cada día su asociación del fumar con la masturbación, ora auto calmante, ora erótico-infantil, obsesivo del yo prematurado, agarrado a la representación de palabra y la construcción de continuidades sin hiato, lenitivo de traumatismos acumulativos y vacíos, en la representación de cosa que existen, aún esquizoide. Como dialecto de la histeria, hoy, a discernir de operatorios, de estados o enclaves post-autistas y de caracteropatias narcisistas.

Entremos de lleno en los procedimientos auto calmante de Smadja y de Szeiz, procedimientos nirvánicos no satisficentes ni al servicio del principio del placer y su dialéctico, el de realidad; Más bien, excitaciones que calman, abocando a conductas de agotamiento. Nuevamente nos viene a las mientes, esto anglosajón y jogging, footting, gimnasios, deportes de riesgo, galeotes voluntarios de Szeiz, tales prefigurados en su preludio por M. Fain que nos trajo la madre calmante, cuyo paradigma es el mecimiento excitado y robótico, mecánico, sin contacto mental al infante que queda emaciado de investidura y de un lugar en la mente para él. De esta guisa, interiorización de un calmarse, afín a excitaciones mecánicas o no; Algo tan diferente a la danza de la satisfacción compartida en el creado-encontrado, que según Rousillon, inicia el dictado de las satisfacciones futuras vividas en plenitud. Según estos lineamientos, bebés insomnes, algunos auto golpeándose y futuros adolescentes buscadores de sensación frenética. Otros bebés se duermen succionando el pulgar, testificando un indicio de presencia en la ausencia, que trabajado por los autoerotismos secundarios, argamasa cimienta a la construcción del objeto interno y que posibilitaran el placer funcional, y el placer del pensamiento, introyección mediante si somos fieles a Ferenczi; trazo sensorial del dedo en la boca, que ayuda a sostener la fantasía anímica. ¿Imperfección pues? Ya que estamos hablando de prótesis sensoriales y motrices. En esta jaez, enfatizamos lo autonomizante, la emancipación de succionarse el pulgar, creando un espacio interno de alucinosis, que protege al infante de un superyo corporal que llama Sami Ali, de una madre que prohíbe el chupeteo e intrusa el chupete, que aunque Silvia Bleichmar lo vio como algo más consensual, yo lo veo semblante a la teoría oficial de la cigüeña, alma colectiva, semilla de ideologías, que acaparan la libertad de lo sentido y vivido corporalmente, la singularidad de las teorías sexuales infantiles.

En una ponencia sobre la credulidad, una especie, extraemos, de tragárselo todo, Sheila Navarro de López, vinculó el tabaco a la coprofagia. ¿Y el chocolate? En estos tiempos en que se degusta comida basura y la T.V.

basura, nutre mentes colectivas desubjetivadas y basurizadas. ¿Y los lacanianos? A buen seguro nos dirán que el humo es nada, así la falta (básica en Balint) primigenia, y traerán dudas respecto al placer, placer o goce, quizás, según los casos. Vemos el goce como intrincación masoquista erógena primaria (masoquismos de vida o de muerte), nos apuntaría Rosemberg. Lo cierto, es que se fuma después de hacer el amor, fumando espero.... Se dice, están derrengadas las huellas amnésicas y los fantasmas durante la espera, fumar, aquí, tras un duelo del orgasmo, escansión de toda separación si zozobra el espacio transaccional; Volutas de humo... ¿Son formas autistas? Quizás, anillos anales, tan caros a Milner y Shengold, o es el círculo de la completud.

Hace decenios, un afamado psicoanalista me dijo que fumar le ayudaba a concentrarse y a pensar, a guisa de diferencia de las otras drogas, que a mi entender producen alteraciones en la tópica, instanciales. Tenemos también las descargas motrices en deambulaciones que se hacen cargo del excedente, del plus de excitación que desorganiza el pensamiento.

Joyce Mcdougall ve el fumar como acto-síntoma, meridianamente es que no involucra sólo una transacción psíquica, alcanza el comportamiento, prótesis frente a la angustia no temperada por la represión secundaria y primaria. Así, neonecesidades y riesgo de que el deseo representable y afectado se troque en necesidad. Neonecesidad, también en Michael Fain que apunta al régimen económico de la fantasmática psicosexual y sus tiempos de latencia y constitución. Tesoro interno creativo cuya apertura a una descarga sucedánea, defantasmaliza el juego pulsional, “cuando seas mayor”. Fain nos decía, que con cada pitillo, ocluimos un fantasma y un afecto; Probablemente de-cualifica los matices emocionales ¿normotiza? Empero, quizás hace soportable al aparato el exceso de excitaciones sin desorganizarlo. Así vemos, succión del pulgar, autonomizante, pero pena nos da sentir ese apego a algo inanimado, siempre disponible, cuando no lo está el otro humano nutriente ya sea interno o externo. Con las viandas pasa igual, así con la enología, en algunos yuppies de hoy, que pese a acerar sus sensorialidades a los placeres es hecho común que en lugar de comunicación profunda, hoy se hable de dinero y de restaurantes, banalidad psicósomática.

Pese a todo, no nos podemos olvidar de los quistes de neurosis actual en toda psiconeurosis, de las economías traumáticas de hoy día, ya de núcleo cálido, ya de núcleo frío (Janin, Cournut). A más diferencia entre el cigarrillo de vertiginosa consunción (como los objetos de hoy día) frente a la algo anticuada pipa, que contiene en su cazoleta y da pábulo lo más que puede, los aromas y brasas del fuego libidinal, fénix sometido a los ritmos de respiración remanentes del vínculo primario y sus acomodados.

Visitamos, nuevamente, la cultura de hoy, y sobre todo, su imaginario constituyente y depositario institucionalizante del estilo de vínculos primarios de una colectividad. Becerro de oro e imaginario fetichista de hoy, que sólo causaliza desde lo que se ve; Tiempos del power point y de la estadística, así injunciones del “fumar mata”, “tantas personas morirán por el tabaco”, dictums en los que no podemos dejar de reconocer la presencia del pensamiento

psicótico, concreto, falta en “como si” y ecuación simbólica de Segal, lo que sustituye, mediáticamente, la consideración de las hartas variadas complejidades que subtienden al enfermar, en su plurifactorialidad. En esta laya los continuadores de Marty asientan la depresión esencial-pensamiento operatoria, en la liza de desorganizaciones somáticas, que conducen al cáncer, autoinmune en Pirlot. Recordemos a Max Sur, cuando hablaba de la re-somatización del afecto, forma así de descalificación de lo pulsional objetal en protomental fisicoquímico, regrediencias filogénicas o programas ¿activados? de apoptosis (suicidio) celular en Green, firma de la pulsión de muerte, quizás regresiones a formas confusas de reproducción celular mucho más antiguas que la pluricelular, reproducción sexuada humana. La muerte es la primera enfermedad de transmisión sexual, dicen los biólogos de hoy, parafraseando, sin saberlo, al Freud meta especulativo del “Mas allá”. Reproducción sexual humana, que no por casualidad, hoy se abroquela en la infertilidad cuando lo fecundo viene a faltar, y no dejamos de pensar en la reacción terapéutica negativa.

Así pues, cultura de la imagen, de lo imaginario que también cuestiones como las obesidades, algunas, las menos, producto del dejar de fumar; Culturas autistas de lo duro y segunda piel muscular de E. Bick, cuando el yo piel desfallece, superficialidad. Creemos que alguna adicción es necesaria al humano, alguna pasión; Algo universal por el origen traumático y neoténico de sus crías. A lo social incumbe el sentar los límites, a la ley paterna de deslindar lo legal y lo ilegal, según sus grados de destructividad. ¿Hacer la ley? Padre simbólico que corta el vínculo tóxico a la madre.

Yo, ideal colectivo, hogaño sustituyendo el superyo edípico y el ideal del yo subjetivado. ¿No hablaba hace decenios Misterlich de una sociedad sin padre? Debilidad del padre en la mente de la madre, que amenaza nuestra cultura promoviendo el retorno de dictaduras. Padre débil en la conciencia, abocando a la búsqueda de protopadres, esto, aún más, como quiera que en el horizonte de la caída de la religión del padre y de la del hijo, se vislumbran las divinidades maternas premicénicas, vuelco de euménides en erineas, al desfallecer Atenea y su areópago, nacida, como sabemos de la cabeza de Zeus, como nos dio a ver R. Kaës tras toda protohorda paterna mora un archigrupo materno, vuelco de lo inteligible en sensible (fecundaciones asistidas contra natura y adopciones monoparentales). Reequilibrio de la bisexualidad psíquica, que al dessexualizar las funciones sociales, cuestiona la identidad sexuada de la mujer, que encuentra un alivio en la hiperfeminidad exhibicionista de hoy, que a su tiempo, y como trauma estético, afrenta el paraexcitaciones del varón, muy zaherido en su identidad masculina, a falta de padre y más expuesto a la posesividad violenta, siempre y cuando, en lugar de una madre suficientemente buena y sexuada, se encontrara en su desvalimiento total, sometido a la emprise (apoderamiento, dominación) del primario, concurrirá ahí, una identificación al agresor generando la posesividad violenta de hoy. Perversión del carácter que reniega el narcisismo del otro y lo ataca, sin dejar espacio a la mujer.

Aquí, droga substituyendo experiencias o remedándolas. ¿Cómo se activa la dopamina del infante cuando encuentra su reflejo en el brillo invistiente

de los ojos de la madre? Pero, postmodernidad y cultura del abandono temprano, como si la ecuación freudiana pene-heces-niño elidiera al último, cultura de falo narcisista en detrimento del pene erótico, prestancia de las heces-dinero-objeto duro. Abandono así y caída sin fin de la mente del otro y su juego, y aferramiento a la sensopercepción del videojuego, del proceso primario de gratificación alucinatoria, substituyendo el lazo amoroso al otro complementario.

No hay que soslayar, que en la legislación vigente en nuestro país sólo se concede a la madre-mujer cuatro meses en vistas a la realización de su devoción primaria; cuatro meses, que sin duda, y sin necesidad de comentario alguno, nos remiten a la mielinización y conjunción de los dos hemisferios, al primer organizador de Spitz, a la posición depresiva, a la censura de la amante, ya al estadio especular de Lacan ya al Edipo originario de Leguen. Gerard Pirlot en su acendrado trabajo sobre somatosis y auto inmunes, nos muestra enjundiosos ejemplos, de cómo se somatiza al dejar una adicción, ya sea a la hoja del tabaco. Paradójicamente, el cese de auto calmantes induce una invaginación de la excitación degradada pulsionalmente, de-objetalizada, descargándose en el soma: excitación traumática no metabolizada ni pulsionalizada como líbido y estenosamiento de la subjetividad de la mano del acting-in corporal, el órgano enfermo sustituye al objeto psíquico en el contexto de un preconsciente famélico.

Pensamos que hay tantas modalidades del fumar, como sujetos fervorosos a ello. Así, la sensación en el labio puede deformarse como objeto autista de sensación, pese a que relativizamos con Ogden que nos conduce al interjuego dialéctico de posiciones subjetivas, encontrando en todo sujeto momentos de deslizamiento autista-contiguo.

Objeto sensación o contexto que substituye al objeto de amor y de pulsión, o simplemente traza de percepción de contacto en el labio (un mete-saca) que permite, se sostenga el pictograma de base bueno (Aulagnier), considerando que aún, en los momentos más vigiles, la actividad onírica sigue su curso en la otra escena, que apropia ideogramas como pensamientos del sueño (Bion-, Ferro-, S.Ali y Ogden). Predominantemente, actividad calmante excitante que exulta el placer de vivir, de existir. Algo más, un tener algo en las manos, miembros masturbatorios muy copados, a día de hoy, en el dedo de la cámara digital, apegos sensoriales que permiten soslayar el desbordamiento que una economía traumática produce, en defecto, de un objeto transformacional (Bollas) del que el cigarrillo es su mísero subrogado no humano.

Habitados por tiempos de desjerarquización social y así del aparato psíquico, debilitado el atractor edípico que debe reabsorber los traumas apres-coup, debido a la renegación de diferencias sexuales y generacionales que nos trae la postmodernidad, (queer, metro-sexuales, etc.). Pensamos en Freud y en su núcleo de neurosis actual que sosteniéndose en el habano calmante y concentrante, integra suficientemente el self para convertirlo en esfuerzo autoteorizador, de ligazón. Búsqueda de la verdad para la cual, según muchos, el aparato psíquico no está equipado. Pulsión epistemofílica y pasión de saber

sobre el ser, ya pensamiento sexualizado o no, pero que va al encuentro de la cosa-en-sí misma incognoscible y real lacaniano, realidad última "o" que sólo puede ser sida, o aproximada en + k (Bion). Aproximaciones en + k diversas que configuran las diversas escuelas psicoanalíticas, según sus tradiciones epistemológicas y sus sistemas de valores e ideales, manados de la figuración de los procesos primarios de su mentor.

Trabajo de dar sentido a los significantes. ¿Objetos bizarros? Económicos y enigmáticos que nos implantara, cuando infantes, el inconsciente del otro. No objeto y substrato de dolor y catástrofe, en todo trabajo de pensamiento, algo tan contrastante a la indolencia y hedonismo de nuestros días, donde todo se evacua, o se deja caer en los estados de letargia, del dolor sin conciencia (Cesio,- Maldavsky), todo se abarata, hay rebajas hasta en la afiliación a las diversas instituciones psicoanalíticas. Asistimos a una descomplejización de la teoría, así lo vemos en la moda del apego y los neo-culturalismos. Justo donde Freud hizo complejidad y cualidad en un sistema, de la cantidad en el otro. Cada vez más fallas en la represión primaria y en la construcción del inconsciente que reclaman contra investiduras químicas, ya sean drogas o fármacos, que uniformizan a los sujetos al abrir facilitaciones en circuitos comunes de descarga.

Adicciones y fumar que vemos en obra en el artista, invadido por la excitación, que su cercanía a los procesos primarios le procura; Quizás núcleo psicótico o núcleo traumático transformándose en su obra. Aquí y más allá de los procesos primarios, barruntamos, procesos originarios donde priman los crudos beta o trazas perceptivas de Freud, que no se ligan en barreras de contacto, empero, se aglomeran o evacuan, y con suerte, si elementos balsa de Ferro, se escinden bajo la potencialidad de vividos en la transferencia contra transferencia, transformarse e integrarse en sentido.

Formas de fumar ávidas por ahí, que al renegar de la voracidad tan sólo oral, nos dan a pensar en la avidéz de todo pulsional, que no encuentra su recubrimiento narcisista y su envoltura de sentido desintoxicante. Tiempos de sufrimiento identitario, que apelan a los integrismos que vemos, nacionalismos férreos que apuntalan los defectos en identidad subjetiva; Violencia adolescente, que estalla, entre otras cosas por el defecto de construcción imaginaria de ritos de iniciación, de pasaje a la adultez, eternos adolescentes de hoy. Tiempos, pues, que nos reclaman una tercera tópica, que pienso que Freud ya bosquejó, y nos remite a la respuesta del objeto, venciendo el clivaje entre meta psicología pulsional y teoría de las relaciones de objeto. Si el objeto sobrevive, podrá accederse al uso del objeto, a su apropiación subjetiva.

Quisiéramos y a buen seguro, es tiempo de concluir, apostar por la necesidad de algún tipo de auto calmante en todo sujeto, sustentando el lado más benigno de los que no impiden el pensar, la ligazón, frente a los que sí lo alteran, quizá, los que ayudan a sostener en su fragilidad, el objeto interno continente y la representación del yo correspondiente, lo que permite que algo de la satisfacción alucinatoria se cumpla, deformadamente frente a aquellos que la suplen. Si, fumando con Freud, y como hiciera él, tratando de reconstruir la cultura de su época. Si el analista, buenamente, debe abandonar su torre de

marfil y extrahíase de su espléndido aislamiento, ello no debe ser a costa de coludir en todo con su cultura, que como todo intelectual, se impone cuestionar.

Parafraseando a Joyce Mcdougall, alegato para una cierta anormalidad, que suavizaría el que el fumador fuera criminalizado. Tantos psicoanalistas fumaban hasta el arribo de “la ley seca”, reconocimiento no obstante, y sin ambages, que un aparato psíquico de alta calidad de funcionamiento no requeriría de auto calmantes, nutriéndose de objetos externos e internos vivientes. ¿Aspiración ideal?